

EL FUTURO SOLÍA SER MEJOR

CÓMO EL ARTE CONTEMPORÁNEO REFLEJA NUESTRA MENGUANTE FE EN EL PROGRESO*

MAARTEN BOUDRY
maartenboudry@gmail.com
Ghent University

PALABRAS CLAVE:

Arte contemporáneo
Progreso
Zeitgeist
Utopía
Distopía

RESUMEN:

Como creyente en el progreso, me cuesta admitir que cualquier cosa fuera mejor en el pasado. Al fin y al cabo, como dijo una vez el periodista estadounidense Franklin P. Adams, “nada contribuye tanto a los buenos viejos tiempos como una mala memoria”. Pero en los últimos años, he empezado a reconocer a regañadientes que algo ha cambiado, y para peor. El pesimismo y los augurios apocalípticos han existido siempre, pero en el último medio siglo hemos perdido por completo la fe en la idea de progreso. [...] Si uno se sumerge en el arte y la cultura popular del pasado, parece evidente que nuestros (casi) antepasados eran genuinamente más optimistas respecto al futuro y más confiados en la modernidad.

KEYWORDS:

Contemporary Art
Progress
Zeitgeist
Utopia
Dystopia

ABSTRACT:

As a believer in progress, I find it hard to accept that anything might have been better in the past. After all, as the American journalist Franklin P. Adams once said, “nothing contributes so much to the charm of the good old days as a bad memory.” Yet in recent years I have begun, reluctantly, to acknowledge that something has changed—and for the worse. Pessimism and apocalyptic forebodings have always existed, but over the past half century we have completely lost faith in the idea of progress. [...] If one immerses oneself in the art and popular culture of the past, it becomes clear that our (almost) forebears were genuinely more optimistic about the future and more confident in modernity.

* Ensayo publicado en The Elysian con el título ‘The Future Used to Be Better. How We Lost Our Belief in Progress’, <https://www.elysian.press/p/the-future-used-to-be-better>. Se incluyen las imágenes del artículo original como notas al final.

El artista neerlandés Daan Samson ha creado una serie de instalaciones artísticas que llama “biotopos de prosperidad”. Estas obras utilizan distintos medios, pero comparten un mismo hilo conductor: la yuxtaposición, aparentemente incongruente, entre naturaleza prístina y tecnología moderna.ⁱ

En su exposición en Ámsterdam, vi cómo unas hormigas correteaban sobre una planta mirmecófita junto a un reluciente espumador de leche Nespresso de acero. Me recordó al enigmático monolito de 2001: *Una odisea del espacio*. Luego había un dibujo en la pared que mostraba un coche eléctrico de ensueño de Mercedes-Benz, creado por el diseñador afroamericano Virgil Abloh, aparcado en diagonal sobre un salar salvaje en Bolivia, flanqueado por robustos cactus.ⁱⁱ

Sin disimular mi entusiasmo por la energía nuclear, he de decir que mi biotopo de prosperidad favorito mostraba un pequeño reactor nuclear modular (SMR) de Rolls-Royce instalado en pleno corazón de la selva tropical de la cuenca del Congo. Su silueta estilizada y robusta se asemeja a una oruga de acero; sus escamas relucientes, medio enterradas en la tierra, evocan una versión metálica de los gusanos de arena gigantes de *Dune*, de Frank Herbert. Es el tipo de visión utópica que suele encontrarse en círculos ecomodernistas: tecnología humana de alta densidad —un único SMR genera más energía que decenas de kilómetros cuadrados de paneles solares— rodeada por una belleza natural intacta.ⁱⁱⁱ

Al fusionar lo natural y lo artificial, Samson nos invita a reflexionar sobre la relación entre civilización y naturaleza salvaje. ¿Acaso tenemos que elegir entre el esplendor de la naturaleza virgen y la tecnología de vanguardia, entre las majestuosas secuoyas y los rascacielos imponentes? ¿O podemos tenerlo todo?

Aún más llamativas que los propios biotopos de prosperidad de Samson fueron las reacciones del mundo del arte. Algunos comisarios y críticos de arte asumieron que su obra tenía que ser irónica y subversiva. ¿Estaba burlándose sutilmente de nuestra cultura consumista y su vulgar posicionamiento de productos, o estaba denunciando la invasión de la tecnología humana sobre la Madre Naturaleza? ¿Y no se adivinaba, acaso, una crítica al capitalismo, apenas disimulada bajo la superficie? Los expertos en arte no podían concebir que el trabajo de Samson fuera genuino y portara un mensaje sincero y no irónico: no tenemos que elegir entre la naturaleza y la comodidad, podemos perfectamente tener ambas cosas.

Cuando Samson solicitó subvenciones al Ayuntamiento de Róterdam, recibió una respuesta involuntariamente hilarante. El comité cultural de la ciudad decidió que su proyecto artístico era “absurdo”. ¿La razón? El prestigioso comité consideró que las obras “carecían de reflexión crítica” y que habría preferido una “perspectiva socialmente crítica sobre el bienestar”. Traducido libremente: si quieres hacer arte en un estado del bienestar europeo del siglo XXI, más te vale que tu obra cuestione el bienestar moderno, el consumo de masas y el neoliberalismo. Y si aspiras a conseguir alguna subvención estatal (léase: leche de la vaca capitalista), más te vale ser enemigo del capitalismo.

Como creyente en el progreso, me cuesta admitir que cualquier cosa fuera mejor en el pasado. Al fin y al cabo, como dijo una vez el periodista estadounidense Franklin P. Adams, “nada contribuye tanto a los buenos viejos tiempos como una mala memoria”. Pero en los últimos años, he empezado a reconocer a regañadientes que algo ha cambiado, y para peor. El pesimismo y los augurios apocalípticos han existido siempre, pero en el último medio siglo hemos perdido por completo la fe en la idea de progreso. Incluso los

llamados “progresistas”, como sostengo en mi nuevo libro *The Betrayal of Enlightenment* (*La traición de la Ilustración*), han dado la espalda al progreso. Socialistas como Karl Marx o Sylvia Pankhurst soñaban con un mundo de abundancia para todos y de crecimiento infinito, celebraban la energía abundante y repudiaban la mentalidad de escasez. En cambio, muchos progresistas actuales advierten que el crecimiento económico es un fetiche peligroso que incrementa la desigualdad y destruye el clima, y repiten constantemente el mantra de que “la mejor energía es la que no se consume”.

Trazar la evolución del *Zeitgeist*, el espíritu de los tiempos, no es tarea fácil, pero si uno se sumerge en el arte y la cultura popular del pasado, parece evidente que nuestros (casi) antepasados eran genuinamente más optimistas respecto al futuro y más confiados en la modernidad. La creencia en el progreso —la mejora continua de la condición humana— empezó a tomar forma en Europa a partir del siglo XVIII, cuando la acumulación constante de conocimientos e innovaciones se volvió perceptible dentro del lapso de una sola generación. Por primera vez, la historia se percibía como una flecha que apuntaba hacia el futuro: las nuevas innovaciones se edificaban sobre las anteriores, y estas no se perdían jamás.

Esa sensación de progreso condujo naturalmente a una pregunta que escritores y artistas plantearon casi de inmediato: si seguimos la trayectoria de esa flecha hacia el futuro, ¿cómo será el mundo? No por casualidad, los primeros futuristas fueron también pioneros de la revolución científica. Si el conocimiento humano seguía expandiéndose —especulaban—, nuestros descendientes vivirían sin duda en un mundo de abundante prosperidad, libertad y belleza. El filósofo inglés Francis Bacon bosqueja una sociedad de este tipo en su obra de 1626 *Nueva Atlántida*. En esta breve narración póstuma, Bacon describe una sociedad en la isla ficticia de Bensalem, en el océano Pacífico. La armoniosa comunidad de esta isla gira en torno a la Casa de Salomón, una especie de institución de investigación dedicada a explorar el mundo para obtener conocimientos útiles que mejoren la vida de sus habitantes. Los isleños de Bensalem destacan por su “generosidad e ilustración, dignidad y esplendor, piedad y espíritu público”.

El título más famoso de este género, del que proviene su nombre, es por supuesto *Utopía*, del filósofo y humanista inglés Tomás Moro. De nuevo nos encontramos con una isla mítica lejana llamada Utopía, un juego de palabras griego: literalmente, “el buen lugar” (*eu-topia*), pero también “ningún lugar” (*ou-topia*). Si queremos ser precisos, los libros utópicos de Moro y Bacon no tratan estrictamente del futuro, sino de una sociedad ideal situada en el presente. Aun así, describen un modelo para una sociedad distinta y mejor que podríamos construir si nos lo propusiéramos.

En el siglo XIX, cuando la Revolución Industrial cobraba fuerza y el socialismo hacía su aparición, surgió toda una pequeña industria de novelas utópicas que imaginaban sociedades de perfección tecnológica, prosperidad universal y hermandad. El título más popular de ese género fue *Looking Backward* (*Mirando atrás*), del escritor estadounidense Edward Bellamy, publicado en 1888. El protagonista cae en un sueño hipnótico y despierta 113 años más tarde, en el año 2000, para encontrarse con la sociedad de sus sueños. Nadie tiene que trabajar, todo es gratuito, y el hambre y la pobreza han sido erradicadas. Los europeos del siglo XIX quedaron fascinados: la novela utópica de Bellamy se convirtió en uno de los libros más vendidos del siglo.

En parte como respuesta a todos esos sueños sublimes, el siglo XX trajo consigo la llegada de la distopía, la hermana oscura de la utopía. El mensaje parecía claro: si intentas

crear un paraíso en la Tierra, acabarás generando un infierno. No es casualidad que, a diferencia de las ensoñaciones hoy olvidadas de Bellamy, los clásicos de este género sean títulos conocidos por casi todo el mundo. Puede que *Mirando Atrás* dé para típica pregunta capciosa de concurso, pero los autores de *Un mundo feliz* y *1984* son apuestas seguras para cualquier persona culta.

Durante algunas décadas, las tradiciones utópica y distópica parecieron coexistir en relativo equilibrio, alimentándose mutuamente. Hasta los años sesenta todavía se encontraban visiones optimistas del futuro en la cultura popular y la ciencia ficción. En el futuro tecnificado de la icónica serie de televisión *Star Trek*, estrenada en 1966, problemas como la pobreza y la guerra ya habían sido erradicados en la Tierra, lo que los volvía inútiles como material argumental. Las tramas de la serie original de *Star Trek* se impulsaban sobre todo por la curiosidad y la sed de aventura, con el universo como frontera interminable que atraía a los intrépidos viajeros del espacio. Como decía la famosa divisa de la nave Enterprise: “¡Donde ningún hombre ha llegado jamás!” *Star Trek* destilaba la fe predominante de la época en un futuro brillante y una actitud positiva hacia la tecnología.^{iv}

En la misma década, millones de personas seguían *Los Supersónicos*, una serie televisiva futurista en la que la gente se desplazaba en autos voladores y plataformas flotantes. El trabajo era cosa del pasado, cada familia tenía un robot doméstico, y si uno tenía hambre, bastaba con apretar un botón para obtener una deliciosa comida. En 1967, la CBS emitió *El siglo XXI*, una serie en la que el icónico presentador Walter Cronkite guiaba a los espectadores por una casa del siglo XXI. Se mostraban brillantes robots de cocina, dispositivos para el autodiagnóstico médico y teléfonos con pantalla para mantener conversaciones por vídeo. (El progreso moral iba algo más lento: las mujeres seguían confinadas en la cocina.)

Los anuncios de las compañías eléctricas prometían un “nivel de vida superior” para el mañana gracias a la generación de energía abundante. Pronto, decían, nos deslizáramos por el cielo en “alfombras voladoras” alimentadas por baterías. Solo había que subirse, apretar un botón y salir volando —¡adiós a los problemas de aparcamiento!—. “Ya están en ello”, alardeaba el anuncio. En un artículo del *New York Times* de 1966 titulado ‘A Glimpse of the Twenty-First Century’ (Una ojeada al siglo XXI), científicos de renombre predecían un mundo sin desiertos, sin contaminación ni ruidos industriales. Se esperaba que la población humana ascendiera a entre 25.000 y 50.000 millones de personas, que vivirían en un lujo sin precedentes gracias a la energía nuclear y otras tecnologías futuristas. Increíblemente, este aumento de población se veía como una visión esperanzadora, no como la catástrofe inminente que más tarde vaticinarían los ecologistas. El clásico de Stanley Kubrick *2001: Una odisea del espacio*, estrenado en 1968, también capturaba esa fe en el poder redentor de la tecnología moderna. Es cierto que el ordenador de a bordo, HAL-9000, se descontrola e intenta matar a la tripulación, pero al final triunfa el intelecto humano.^v

Avanzamos medio siglo, y podemos afirmar con seguridad que la distopía ha eclipsado a la utopía. La ciencia ficción del siglo XXI se lee como un compendio de mil y una pesadillas. Si no nos aniquila la inteligencia artificial, serán esos alienígenas depredadores. Si la guerra nuclear no arrasa el planeta, lo rematará la catástrofe climática. Y si, por algún milagro, algunos logramos sobrevivir a todo ese caos, probablemente despertaremos en un infierno totalitario —ya sea atrapados en un mundo de esclavitud

miserable (en la tradición de 1984), o encerrados en una cultura hedonista y sin alma donde cada deseo se satisface con una pastilla o pulsando un botón (en la tradición de *Un mundo feliz*).

En *Los juegos del hambre*, un gobierno mundial totalitario obliga a las personas a luchar a muerte en estadios como forma de entretenimiento. En *El cuento de la criada*, las mujeres son esclavizadas como máquinas reproductoras bajo una teocracia cristiana fundamentalista. En *Matrix*, una raza de robots superinteligentes ha esclavizado a los humanos y literalmente nos exprime como baterías vivientes. La serie británica de ciencia ficción *Black Mirror* es la más inventiva en este campo, ya que presenta un futuro completamente distinto en cada episodio. Aún no he terminado la última temporada, pero he hecho el recuento de las seis anteriores. De los 27 episodios, como mucho uno puede clasificarse dentro de la categoría utópica, con un desenlace francamente feliz. Todos los demás son puro combustible para pesadillas, casi siempre centrado en alguna tecnología novedosa —desde la realidad virtual hasta los drones asesinos, desde chips cerebrales hasta cámaras de vigilancia.

¿Y qué hay de otras formas artísticas? Hasta bien entrado el siglo XX, no era raro que los artistas cantaran loas a la tecnología moderna. El poeta del siglo XVIII y pensador ilustrado Erasmus Darwin —abuelo de Charles— escribió poemas épicos en homenaje a las máquinas de vapor, los molinos de grano y los altos hornos. El abuelo Darwin predijo la invención de locomotoras y aviones —y estaba encantado con la idea. En el siglo XIX, Rudyard Kipling escribió una oda al barco de vapor, comparando sus poderosas máquinas con una orquesta sinfónica. Jason Crawford, del proyecto *Roots of Progress*, ha recopilado este tipo de poesía progresista en su página web. Se pueden leer alabanzas al canal de Panamá, himnos a las grandes presas hidroeléctricas, tributos al telégrafo y a su inventor, Samuel Morse. Después de todo, ¿por qué no iba a haber belleza en el ingenio humano? Como escribió el periodista y filósofo británico G. K. Chesterton en 1908, “poético” es que “las cosas funcionen bien”: “Que nuestras digestiones, por ejemplo, se realicen sagradamente y en silencio: esa es la base de toda poesía. Sí, lo más poético, más que las flores, más que las estrellas: lo más poético del mundo es no estar enfermo”.

También aquí ese espíritu entusiasta perduró bien entrado el siglo XX. Algunos lectores aún guardarán recuerdos infantiles de ello. En las artes visuales tuvimos movimientos como el Art Decó, el Futurismo y el Pop Art, todos ellos con una actitud generalmente positiva hacia el progreso tecnológico y la industrialización. Millones de personas acudían a las Exposiciones Universales para maravillarse con los últimos inventos e innovaciones industriales. Incluso en los años treinta, cuando se cernían nubes de tormenta sobre el mundo, las exposiciones de Chicago y Nueva York seguían proyectando visiones esperanzadoras del porvenir. En 1933, la muestra de Chicago se tituló *Un siglo de progreso*, con el lema: “La ciencia descubre, la industria aplica, el hombre se adapta”.^{vi} En Nueva York, en 1939, los visitantes salían de la feria con alegres chapas azul y blanco en la solapa que decían: “He visto el futuro”, y, al parecer, sin sentirse ridículos. Incluso después de la Segunda Guerra Mundial, aquel sentido del optimismo se recuperó con rapidez. En 1955, Walt Disney inauguró su parque temático Tomorrowland con estas palabras inspiradoras:

El mañana puede ser una época maravillosa. Nuestros científicos están abriendo hoy las puertas de la Era Espacial hacia logros que beneficiarán a nuestros hijos y a las generaciones

venideras. Las atracciones de Tomorrowland han sido diseñadas para ofrecerte la oportunidad de participar en aventuras que son un modelo viviente de nuestro futuro.

El músico estadounidense Donald Fagen —ese excéntrico de la banda *Steely Dan*— cantó sobre ese radiante optimismo durante el Año Geofísico Internacional de 1957 en su álbum de 1982 *The Nightfly*. La Guerra Fría atravesaba su primer deshielo, y el Este y el Oeste se disponían a colaborar para construir un futuro brillante para toda la humanidad, con un poco de ayuda de la ciencia:

El futuro se ve resplandeciente
En ese tren negro y brillante,
Bajo el mar sobre raíles
Noventa minutos de Nueva York a París.
Qué mundo tan hermoso será este
Qué tiempo tan glorioso para ser libres, oh.

Sí, ya sé que deberíamos tener cuidado de no caer en la tentación del sesgo retrospectivo al recorrer esta historia moderna. Incluso en el glorioso siglo XIX, como admite Jason Crawford, podían encontrarse poemas sobre la inevitable decadencia de Occidente y los horrores de los “oscuros molinos satánicos”, como los llamó el poeta inglés William Blake al hablar de las fábricas de carbón. Del mismo modo, tampoco faltó arte tecnófobo durante los años dorados posteriores a la Segunda Guerra Mundial, ni críticos que aborrecieran el consumismo.

Y, sin embargo, algo me dice que hace un siglo, un comité cultural habría reaccionado con menos sorpresa e indignación ante los alegres biotopos de prosperidad de Daan Samson. Como dijo en una ocasión el humorista bávaro Karl Valentin: “El futuro también solía ser mejor, en los viejos tiempos”. A veces da la impresión de que el mejor futuro que somos capaces de imaginar es aquel en el que simplemente evitamos una catástrofe tras otra. O como lo expresó Crawford con un suspiro: “Hoy aspiramos, en el mejor de los casos, a evitar el desastre: frenar el cambio climático, prevenir pandemias, evitar el colapso de la democracia.” Un gran ejemplo de esta mentalidad es *El Ministerio del Futuro*, de Kim Stanley Robinson, una de las novelas de ciencia ficción más populares de los últimos años sobre la amenaza del calentamiento global. El libro de Robinson destaca porque, raro entre las novelas climáticas, tiene un final feliz... más o menos. Pero no se emocione demasiado: el optimismo de Robinson consiste sobre todo en evitar la catástrofe total. Primero padecemos decenas de millones de muertes por el clima y una serie de atroces atentados perpetrados por terroristas climáticos. Pero justo cuando todo está a punto de volverse apocalíptico, somos salvados en el último momento, y entonces el termostato planetario se ajusta de nuevo al clima “estable” de la era preindustrial. Todo acaba bien. Así de limitada se ha vuelto hoy la imaginación incluso en nuestra ciencia ficción “utópica”.

Perder la fe en el progreso —y en nosotros mismos— podría tener consecuencias nefastas. Las encuestas de opinión pública revelan algo que debería alarmar a cualquiera que apueste por el progreso: en la mayoría de las democracias occidentales, menos del 10 % de las personas cree que el mundo va por el buen camino. Y esto era hace cerca de una década, cuando la situación, cabe decir, parecía algo más esperanzadora. Aún más llamativo es que en países en vías de desarrollo como China o Indonesia los optimistas representan el 41 % y el 23 % de la población, respectivamente.^{vii} Una encuesta del Centro

de Investigaciones Pew realizada en 2014 confirma que en las economías emergentes la gente es mucho más optimista respecto al futuro de sus hijos que en los países ricos. No he podido encontrar datos históricos fiables, pero mi intuición me dice que hace un siglo la fe en el progreso era igual de elevada en Occidente.

Entonces, ¿qué le ocurre a una civilización que renuncia a su fe en el progreso? Una teoría sugiere que caemos en la trampa de la profecía autocumplida. Como dijo en una ocasión el polímata francoalemán Albert Schweitzer: “El verdadero progreso está íntimamente ligado a la fe de una sociedad en que tal progreso es posible.” Es difícil medir el *Zeitgeist* a lo largo del tiempo, pero basta con que observes algunos indicadores como el crecimiento del PIB, la productividad económica o las tasas de innovación, y empiezas a percibir señales bastante claras de estancamiento. La economía sigue creciendo, sí, pero a un ritmo menor que en décadas anteriores, especialmente en Europa. Nunca habíamos tenido tantos doctorados, y sin embargo tenemos menos descubrimientos revolucionarios.

Si la gente pierde su fe en el progreso y deja de ver la innovación tecnológica como un objetivo digno de ser perseguido, lo que obtendremos será precisamente el estancamiento. Las personas se opondrán a nuevos proyectos de construcción, los gobiernos dejarán de planificar incrementos en el consumo energético, las empresas dejarán de invertir en investigación y desarrollo —y los comités artísticos se burlarán de cualquiera que cuente una historia positiva sobre la tecnología y la prosperidad humana—.

Para volver a acelerar el progreso y la innovación, no basta con contar con científicos, ingenieros e innovadores. También necesitamos una sociedad que valore el progreso. Necesitamos más artistas como Daan Samson, capaces de mostrarnos la belleza y la poesía del mundo industrial moderno, y con la imaginación suficiente para soñar futuros aún mejores. En serio, ¿puede alguien, por favor, darle una subvención a este hombre para que cree más biotopos de prosperidad?^{viii}

Traducción de Ricardo Bonet

i



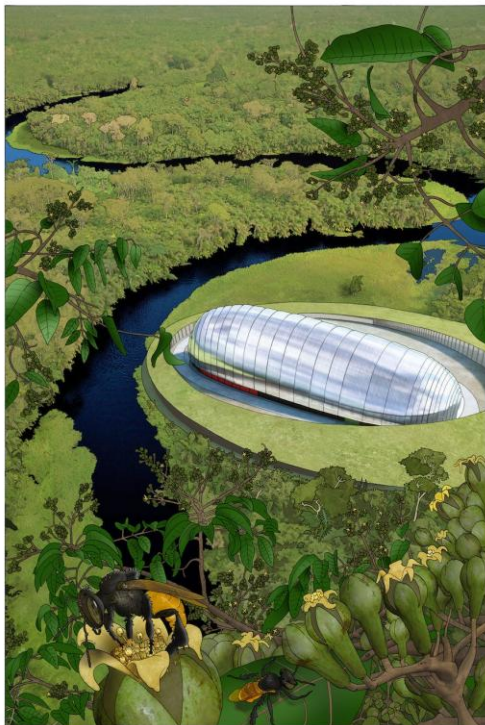
ii [Cuatro imágenes]







iii

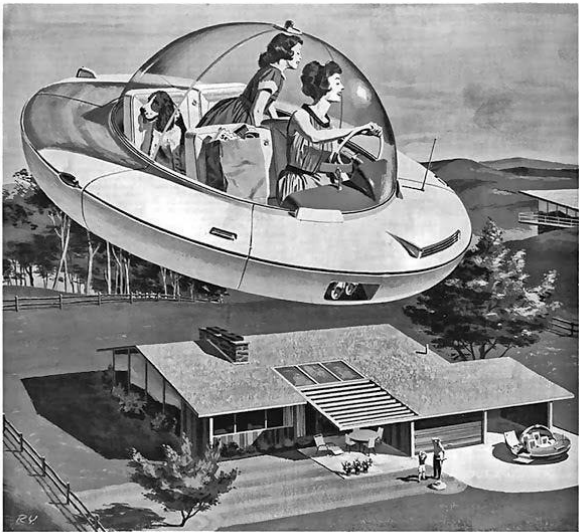


Reactor nuclear en la cuenca del Congo.

iv



v



YOUR PERSONAL "FLYING CARPET" Step into it, press a button, and off you go to market, to a friend's home, or to your job. Take off and land anywhere; no parking problems. Plug in to any electric outlet for recharging. They're working on it!

MORE POWER TO YOU!

America's independent light and power companies build for your new electric living

Tomorrow's higher standard of living will put electricity to work for you in ways still unheard of!

The time isn't too far off, the experts say, when you'll wash your dishes without soap or water—ultrasonic waves will do the job. Your beds will be made at the touch of a button. The kids' homework will be made interesting and even exciting when they are able to dial a library book, a lecture or a classroom demonstration right into your home—with sound. (Some of this is happening already.)

To enjoy all this, you'll want a lot more electric power, and the independent electric companies of America are already building new plants and facilities to provide it. Right now these companies are building at the rate of \$5,000,000,000 a year, and planning to double the nation's supply of electricity in less than 10 years.

America has always had the best electric power service in the world. The electric companies are resolved to keep it that way.

AMERICA'S INDEPENDENT ELECTRIC LIGHT AND POWER COMPANIES

Company names on request through this magazine

XR

vi

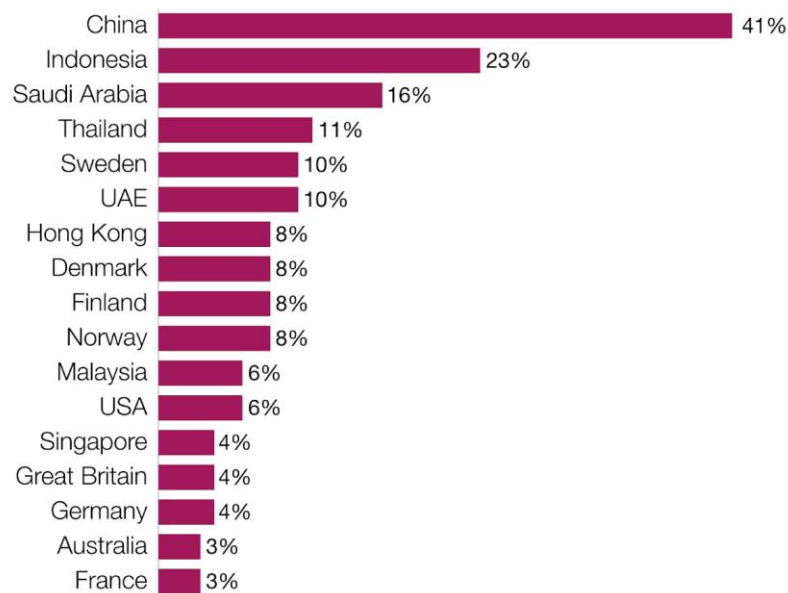


vii

Share of the population who think the world is getting better

18,235 adults in the following countries were asked "All things considered, do you think the world is getting better or worse, or neither getting better nor worse?"

Our World
in Data



Data source: Survey conducted and published by YouGov (2015).
The is available at [OurWorldinData.org](https://ourworldindata.org). There you find more visualizations on this topic.

Licensed under CC-BY-SA by the author Max Roser.

viii



En la presentación de mi libro, mi amigo artista Daan Samson me regaló una reproducción de su obra que muestra el SMR en la selva del Congo.